

INFORMES

I

TRADICIÓN DEL LAUREL DE ZUBIA

Por acuerdo de nuestra Real Academia de la Historia, y con el fin de que informara lo que tuviera por conveniente, se pasó por el Sr. Secretario al que suscribe una Real orden expedida por el Sr. Ministro de la Gobernación, dirigida á averiguar la importancia que históricamente merece una tradición que se conserva en un lugar cercano á Granada; tradición muy importante, por tratar de la salvación milagrosa de la Reina Católica doña Isabel, en ocasión de correr grave riesgo de caer en poder de los moros; con circunstancias tales, con adornos tan primorosos, que, á ser cierta, sería digno de admiración el acontecimiento, y más todavía de perpetua memoria.

No era mera curiosidad, ni tampoco el fin de ilustrar este punto importante de nuestra historia, lo que había obligado al Sr. Ministro de la Gobernación á comunicar á la Academia la Real orden de que se ha hecho mérito: causa más grave había sido el móvil del acertado proceder del Gobierno. Quería éste saber, y preguntaba á la Academia, «la conveniencia que pudiera haber en sacar del dominio particular la capilla é iglesia de San Francisco, y los laureles que se supone protegieron la vida de la Reina doña Isabel la Católica». Estas son las palabras de la Real orden.

El que suscribe, muy honrado con la confianza que la Academia

le dispensaba, quiso cumplir su encargo con la brevedad que el caso pedía, y para desempeñarlo con entero y cabal conocimiento de causa, escribió inmediatamente á sus amigos de Granada pidiéndoles antecedentes sobre el acontecimiento en cuestión, del cual recordaba algunas circunstancias por haberlas oído en sus juveniles años, haber visitado el convento de San Francisco de la Zubia y visto el famoso laurel que, al decir de las gentes, había cobijado y ocultado de los enemigos del nombre cristiano á la gran Reina, que salvó de la ruina á los pueblos de España. No fué poca la admiración del Académico comisionado cuando, entre otras cosas pertinentes al asunto, recibió la siguiente contestación: «El día 15 de Enero (1862) pareció en subasta, en nombre de la Reina, según declaración posterior, D. Pascual de Torres, y se quedó con la huerta llamada del convento á la entrada de la Zubia, por precio de reales vellón 180.000.» Pero como en 27 de Enero la Dirección de Instrucción pública comunicó la orden de consulta á nuestra Real Academia, era claro y evidente que ya no se podía evacuar oportunamente, y que los deseos del Sr. Ministro de la Gobernación no podían cumplirse, siendo ya á aquellas horas S. M. la Reina propietaria de la huerta y del laurel, aunque aquella y éste no tengan la importancia histórica que el vulgo les atribuye. Así es, en efecto: dicha tradición no pasa de ser una conseja, leyenda ó cuento, como tantos otros inventados en el siglo xvi ó en el siguiente, según demostraremos en este informe. Sirva de disculpa cuanto llevamos dicho, por no habernos apresurado á desempeñar nuestro cometido; lo cual hacemos hoy con gusto, tanto en justo obediencia á los preceptos de la Academia, cuanto por el amor que profesamos á las investigaciones históricas; sobre todo, cuando ilustran algún punto dudoso, ó deshacen semejantes al sol cuando disipa la niebla, las patrañas inverosímiles, forjadas para encanto de los niños, ó embaucamiento de gente vulgar.

El Gobernador de Granada da cuenta de la tradición en los siguientes términos: «En la Vega de esta ciudad, y como á una legua distante de sus muros, existe un convento é iglesia dedicada á San Francisco de Asís: respecto de él y de su huerta se conserva la tradición de que, habiendo venido la Reina Católica montada en una yegua á un reconocimiento en esta ciudad, se

adelantó de su escolta hasta dicha huerta, en ocasión de que una numerosa fuerza de caballería mora verificaba por aquel punto una descubierta; y que, sobrecogida aquella Señora de esta sorpresa, se ocultó detrás de unos laureles, que aún existen, donde estuvo, sin que la yegua relinchara, y sin que los moros, que pasaron rozando los laureles, la percibieran. Sucedió esto el día de San Luis: y en memoria de tan notable suceso dispusieron los Reyes Católicos levantar una capilla y fundar el expresado convento.» El Gobernador añade en esta ocasión á los errores de la tradición los de su propia cosecha; porque el convento erigido por la piedad de los Reyes Católicos en el pueblo de Zubia, aunque de Padres Franciscanos, no lo fué bajo la advocación de este Santo, sino bajo la de San Luis.

No refieren el suceso los autores que hablan de la batalla de la Zubia, atribuyendo su favorable resultado á visible merced del cielo, de la misma manera que el Gobernador de Granada. Al parecer, este funcionario da cuenta sólo de la tradición popular, tal como corre entre la gente menos docta, la que se ha transmitido de padres á hijos en las alquerías y campos de la Vega; y aunque semejante origen es legítimo, en sana crítica no puede aceptarse como suficiente prueba sin algún otro dato que lo confirme, ó á menos que, nacida la tradición en los mismos tiempos del acontecimiento, no tenga versión en contrario; y por último, estando todos los narradores conformes en la substancia y accidentes del hecho, objeto de la creencia del pueblo. Veamos, pues, lo que dicen los autores que más apoyan el suceso milagroso, objeto de esta consulta.

La *Crónica de la Santa Provincia de Granada, de la Regular Observancia de N. Seráfico Padre San Francisco*, escrita por el M. R. P. Fr. Alonso de Torres, Lector jubilado, Hijo de la misma provincia y su Chronista, impresa en Madrid en 1683, dice lo siguiente: «Dispuso N. Señor que sus soldados (de la Reina Católica doña Isabel), consiguiesen victoria de los Moros Granadinos, estando la Reyna haziendo á Dios oracion debaxo de vn laurel. Hallauase el Exercito de los Reyes Catholicos en el cerco de la Ciudad de Granada, auiendo puesto su Real dos leguas de ella, en la Ciudad de Santa Fé. Y deseosa la Reyna de ver los hermosos edificios y dilatada habitacion de los

Moros Granadinos, determinó ir con algunos soldados á la Zubia, Villa distante vna legua de la populosa Ciudad, ázia la falda de la Sierra Neuada, cuya situacion es éntre tantas fuentes, huertas, arboles, y azequias, que siendo poblacion de trecientos vezinos, más parece vn campo adornado de muchas casas de recreo, pues cada qual tiene su dilatada huerta. Y assí el nombre Arabigo *Zubia*, segun tradicion, es lo mesmo que lugar de recreacion y conualecencia. A esta Villa llegaua la Reina, para registrar desde alli la Ciudad, el dia veinte y cinco de Agosto del año de mil quatrocientos y nouenta y vno: fueron auisados los Moros, hizieron vna embestida; y aunque los Christianos eran pocos, les rechazaron con valor muy notable. Retiróse la Reyna sola del peligro, y hallandose vn laurel muy frondoso desde la raiz hasta la cumbre, se escondió entre el tronco y las ramas que le cercauan. Hazía á Dios nuestro Señor oracion muy feruorosa, pidiendole librase á ella y á los suyos. Apareciósele San Luis, Rey de Francia, su tio, y Tercero de hábito descubierto de nuestra Orden: prometióle la seguridad, 'si le labraua alli un Conuento, segun afirman vnos; si bien otros, como refiere el Reuerendissimo Gonçaga, dicen auerle preguntado la Reyna á D. Fray Fernando de Talauera, su confessor, y Arçobispo despues de Granada, de quién se rezaua aquel dia; y sabiendo era del glorioso San Luis, le prometió labrar el dicho Conuento.» Esta relación, artísticamente compuesta algunos años después del acontecimiento, no tiene asomo siquiera de verdad; difiere completamente de la que refiere el Gobernador; olvida que va hablando de la Zubia antigua, y describe á la Zubia moderna; por último, entre los muchos errores comunes á todos los que defienden el maravilloso acontecimiento, supone además que la Reina salió del Real ó ciudad de Santa Fe, y que á la misma ciudad volvió victoriosa después de la batalla. Pero la Crónica de la Seráfica Orden olvida que en los días en que tuvo lugar tan fausto suceso, Santa Fe no existía; pues la ciudad, fundada en el campamento del Gosco, y á la cual querían llamar los soldados Isabelá, y que la Reina llamó Santa Fe, ostentó sus almenas y lució sus improvisadas galas tres meses después de aquel famoso lance.

Pedraza cuenta la tradición de otra manera. «Y aunque la Reyna ordenó al Duque de Cadiz procurase escusar la escaramuça, no fue possible obedecerla mas tiempo que hasta medio día, porque despues se adelantaron los Moros mucho, siguiendo á los caualleros hasta el esquadron del Duque que les hizo rostro con mil y docientas lanças, los desbarató y siguió hasta meterlos por las puertas de Granada, con muerte de seiscientos Moros, y toma de dos tiros, y prision de mil cautiyos que presentó á la Reyna por fruta nueva de Granada. La Reyna le hizo muchos faouores: y en gracias del buen successo y del peligro de que Nuestro Señor le auia librado, propuso de que siendo suya Granada fundaria (como lo hizo) en aquel sitio donde estuuo, vn conuento de religiosos, con titulo de san Luis Rey de Francia, porque fue en su dia la vitoria; y la Reyna se encomendó á él con esta rogatiua: *Glorioso San Luis, santo mio libradme deste peligro, y destes enemigos de Dios, que yo os hago voto y promesa de que, si salimos con vitoria y ganamos á Granada, edificaré en este sitio vna Iglesia y conuento á vuestro nombre.* Y ay quien añade, que se le apareció san Luis, la consoló y dixo, que ganaria la ciudad, y saldria bien de aquel peligro. Y ganada Granada, fundó la Reyna en aquel sitio el conuento de frayles recoletos Franciscos, por haber sido san Luis Tercero desta orden, y con titulo de su nombre. En la huerta de este conuento señala vn laurel el puesto donde la Reyna y sus hijos estuuieron encomendandose a Dios, mientras los suyos encerrauan á los Moros en Granada. Los religiosos tienen puesta vna Cruz al pie del laurel, insinuando que la vitoria fue deuida a la oracion de la Reyna y meritos de san Luis, por virtud de la santa Cruz y del Crucificado en ella.»

Pedraza, como hemos visto, difiere enteramente del P. Fray Alonso de Torres: éste hace salir de Santa Fe á la Reina con pocos soldados; aquél la presenta al frente de numerosas huestes: para uno no hay más que riesgo, y riesgo inmediato y casi seguro, porque la Reina fué sorprendida en medio de la Vega por los moros; para otro hay sólo riesgo eventual, el de todas las batallas. Según Pedraza, tan aperecidos salieron los cristianos con su Reina, que, obedeciendo sus mandatos, detuvieron con su pre-

sencia toda la furia enemiga por espacio de muchas horas. De esto á ganar la batalla, no hay más que un paso; y este paso lo dió el Marqués de Cádiz tan luego como creyó que debía rechazar la audacia de los moros. La tradición popular viene por el suelo; porque, descansando completamente en la inesperada aparición de los moros y consiguiente sorpresa de la Reina con muy pocos de sus fieles servidores, desde el instante en que hay batalla, y no de trance dudoso; en que el Marqués de Cádiz y los Aguilares ocupan la frontera de Granada con numerosa lancería, y los moros están á distancia respetable de la Reina, no tiene esta Señora urgente necesidad de esconderse detrás de ningún laurel ni de otra mata cualquiera, ni sus damas de temblar ni de acongojarse: había muchas cosas que hacer antes de esconderse á la ventura. Una de ellas era pedir refuerzos al grueso del ejército, acampado nada más que á una hora del sitio de la acción, y el cual estaría sobre aviso porque tenía á su Reina fuera del Real, y enfrente del enemigo; otro retirarse con buen orden al Real, evitando el peligro, si es que lo había. Ni una ni otra cosa hizo la Reina: presencié la batalla y admiré el valor de sus guerreros, como tantas veces lo había hecho; de lo íntimo de su corazón pidió á Dios favor y misericordia para los suyos, y ofreció sin duda, en aquellos instantes, erigir un convento, como para dar gracias á Dios de la victoria, sirviendo al propio tiempo de eterna memoria de aquel glorioso acontecimiento.

El mismo Pedraza, sin querer, ha combatido la tradición y destruído tan poética invención, que, aunque bella por el lugar y los accidentes de que está rodeada, no ha podido sufrir, ni aun por breves instantes, la luz de la historia. Fundó la Reina el convento, y con tanta celeridad, que ocho años después estaba concluída la fábrica, y habitado por los religiosos. No pasó mucho tiempo sin que á la santa casa llegasen visitas, limosnas, devotos en peregrinación, atraídos de la belleza del lugar y de la fama de su fundadora: los frailes inventaron milagros, esparcieron noticias acerca de la fundación, y de esta manera aumentaron el caudal de limosnas con que la casa se mantenía; dejando en su Crónica, escrita dos siglos después, un claro indicio de cuanto va dicho. Y por hacer á nuestro propósito, referiremos dos de los más

estupendos de que hace mención: «Componese este Caluario de muchos huessos y calaueras, que muy bien concertadas, y dispuestas, hazen frente, y deuota pared, que sirue de pedestal á vna Cruz. Aquí sucedió en años passados que vna de las calaueras, saliendo de su lugar, se caia en el suelo: Pusieronla repetidas veces con mucho cuydado, y viendo que sucedia lo que antes, se persuadieron ser cabeça de algun Infiel, la cual no quería Dios nuestro Señor, estuiesse entre las de los Catolicos; y assi la dexaron fuera, sin bolverla mas á poner con las otras.»

En el año de 1540, esto es, cuarenta años después de la fundación del convento, apareció en la Cruz el demonio, en figura del Crucificado, á Fray Juan Ballarte, sacerdote y predicador muy virtuoso. Hablóle el demonio, persuadiéndole de que le había elegido para que contase muchas cosas que habían dejado de decir los cuatro evangelistas, y que él sería el quinto: al mismo tiempo se le apareció en una figura horrorosa, prohibiéndole que hiciese lo que el Crucificado le encargaba; con lo cual, perfectamente alucinado Ballarte, empezó á escribir errores hasta llenar dos manos de papel. Por fin, fué descubierto por Fray Pedro Navarro, quien quemó los escritos, reprendiendo ásperamente al alucinado.

Como vemos, abundaban los milagros en el convento de la Zubia hacia la mitad del siglo *xvi*; no escaseaban las tradiciones, las consejas y los cuentos; de la batalla de la Zubia y fundación del convento se formó la que reproduce el Gobernador de Granada, y da motivo á este informe. Corrió con mucha fama, y ha llegado hasta nosotros: no perdonaron en lo antiguo medio de propalarla y asentarla sobre firmísimas bases. Estampas, lienzos, romances, oraciones, todo ayudó á fortalecer la piadosa creencia.

En tiempos muy antiguos y cercanos á la conquista, ocupada todavía la ciudad por moros, y por cristianos que habían conocido á los moros como dueños del territorio, el cura de Iznalloz, Gabriel Rodríguez de Ardila, natural de Cogollos, uno de los lugares más pintorescos de la Vega, amigo que era y comensal de la casa de Mondéjar, escribió una fidedigna y bien trazada *Historia de los condes de Tendilla*, que anda manuscrita; y hablando de D. Íñigo, conde segundo, que estuvo en la dicha jornada, dice: «Es fábula decir que la Reina vino á la aldea con pocos caballe-

ros, y que los moros, teniendo aviso, salieron y los desbarataron, y viéndose perdida se escondió al pie de un laurel, y llamando en su favor á San Luis, Rey de Francia, su pariente, la había libertado milagrosamente: porque no se vió la Reyna en tal peligro, y el templo que mandó edificar á este Santo, fué porque le ayudase en la conquista de Granada, levantando esta iglesia como otras muchas del reino.» Escritor tan imparcial, como que refiere su historia á poco de acaecidos los sucesos, no sólo no confirma la tradición, sino que, encontrándola ya extendida, la combate y la niega, como destituida de todo fundamento.

Con esto, y sin temor de réplica en contrario, podríamos terminar el presente informe; pero deseamos llegar con nuestras investigaciones más arriba; nos proponemos presentarnos en el Real de los Reyes, y asistir en persona á la memorable batalla de la Zubia. Tres son los escritores contemporáneos que hemos consultado. El primero Bernáldez, el cual dice lo siguiente: En vn dia sabado a diez y ocho dias del mes de Junio la Reyna dixo que querria yr a ver de mas cerca a Granada, de donde pudiese bien mirar lo alto e lo baxo; e caualgaron el Rey e el Príncipe con ella, e con la Infanta, e fueron con ellos vna gran batalla de caualleros e peones: e fueronse a poner a vnas aldeas que llaman las Zubias, que estan como fuera del Real a la mano yzquierda de la çibdad muy cerca della, desde donde se pareze lo llano de la çibdad. E mandaron al duque de Escalona, e al conde de Ureña, e a don Alonso de Cordoba, señor de Aguilar, e a otros caualleros que se pusiese con sus batallas en la halda de la sierra que esta encima de la aldea donde sus altezas se pusieron a mirar desde vna ventana de vna casa muy buena, donde se apearon e metieron. E el marques duque de Cadiz, e el conde de Tendilla, e el conde de Cabra e don Alonso Fernandez, señor de Alcabdete e Montemayor, se pusieron al rostro de la çibdad con sus batallas entre el lugar donde el Rey e la Reyna estauan. E la Reyna embio a mandar al duque de Cadiz que no ouiese escaramuza con los moros, porque no muriese gente, e que la escusase quanto pudiese: por que los moros salian a defender su çibdad muchos e muy armados. E el duque la escuso fasta el medio dia. E los moros salieron fuera de la çibdad muchos dellos, e sacaron dos tiros gruesos de poluora, con que

tirauan a las batallas del duque: e salieron muy muchos moros a cauallo e a pie, e apretaron a vnos pocos de caualleros christianos mucho fasta las batallas del duque por trauar escaramuza, en manera que non se pudo escusar el escaramuza, nin se pudo guardar el mandado de la Reyna. E los moros se alejaron vn poco de la çibdad afuera de las huestes, e fasta quarenta de cauallo christianos e algunos peones de los de las batallas del duque entraron en el escaramuza con los moros: e como los christianos eran pocos, los mores los apretauan mucho, e el duque acordo de arremeter con toda la gente a ellos: e arremetio con su batalla, en la qual auia fasta mill e dosçientas lanças, contra los moros: e el conde de Tendilla con su batalla por la mano derecha del duque, e el conde de Cabra e don Alonso Fernandez de Montemayor por la mano yzquierda del duque con la suya: e fueron dar con los moros e desbarataronlos e mataron muchos moros: e fueronse en el alcance fasta las puertas de la çibdad: en que fueron muertos mas de seysçientos moros, e fueron muchos heridos e captiuos: ansi que entre muertos e feridos e captiuos fueron mas de dos mill moros: e tomaronles los tiros de poluora que auian sacado: e muchos moros escaparon huyendo por la sierra. Todo lo qual vieron muy bien el Rey e la Reyna, e el Principe e la Infanta. Quando vieron pelear, se hincaron de rrodilla rrogando a Dios nuestro Señor que quisiese guardar los christianos; e anssi fizieron las damas e las señoras que les acompañauan. E los moros, aunque eran muchos no se pudieron valer, con la priesa e ympetuosa buelta que el marques duque de Cadiz con su batalla que yua delante les dio, e los otros conde de Tendilla e conde de Cabra e don Alfonso Fernandez con las suyas, que yuan del vn cabo e del otro, segun dicho es. E los moros mesmos, desque enpezaron a huyr, se derribauan vnos a otros. E no ovo cauallero christiano alli aquel dia de aquellas batallas, que no fincase su lanza en moro; e no ovo alli aquel dia daño en los christianos, saluo alguno pocos heridos: e ovo cauillos muertos. E el Rey e la Reyna ovieron deste vençimiento muy gran plazer, e mas por que fue la Reyna la cabsa dello. E despues de fecho el desbarato, e de cogido el despojo, sus altezas vinieron por donde el duque estaua, e dixo el duque: «Señora, de Dios e de la buena ventura de vra. al. se cometio este desbarato.» E el Rey e

la Reyna dixeron: «Duque, antes auemos sido seruidos de vuestra buena dicha por lo vos ansi auer acometido.» Los moros quedaron desta vez muy espantados, e no osauan salir de la çibdad tan sueltamente como de antes.»

La Historia de la casa de Mondéjar sigue á Zurita y á Ardila; da por falsa la tradición que asegura haber la Reyna corrido peligro, y copia al pie de la letra la anterior relación del Cura de los Palacios.

Pulgar dice: «Sábado á diez é ocho del mes de Junio, fué la Reyna á mirar á Granada, e la cerca que tenia, e con ella el Príncipe é la Infanta doña Juana: é fuéron con ella *mucha gente*. E allegó á una aldea que se llamaba la Zubia, que está junto á la çibdad, é mandó poner mucha gente á la aldea (1) de la sierra que está junto con el aldea: é otra gente hácia la çibdad. La qual la Reyna se paró á mirar desde una ventana de una casa de aquella aldea: y embió á mandar que se escusase escaramuza, porque no muriese gente; é no lo pudo escusar tanto que no la oviese. E como los Cristianos que andaban con ella eran muchos para defender los otros, ovo de soltar la gente, é ficiéron retraer los Moros fasta la çibdat, é fueron tras dellos, é matáron mas de seiscientos Moros, é firiéron é captivaron otros muchos, que serian por todos dos mil, é tomáronles dos tiros de pólvora que traian. Los Moros quedáron desta vez escarmentados, é no osáron salir tan sueltamente de alli adelante. La Reyna en aquella aldea fizo un monesterio de Sant Francisco.»

De manera que, en vez de ser pocos los que acompañaron á la Reyna, fueron muchos los que con ella salieron del Real; que, en vez de sufrir sorpresa, iban tan apercebidos, y aquella Señora tan segura del buen éxito, que ni aun quería que se derramase sangre cristiana aquel día; pero, viendo la audacia de los moros, los capitanes, y entre ellos el Marqués de Cádiz, les acometieron tan reciamente, que de ello les quedó memoria; y por último, que desde la salida del campamento marchaban con tal precaución, y habian tomado tan bien sus medidas, que el rostro de la çibdad se hallaba guardado, así como también el flanco dere-

(1) Así Pulgar: mejor en la *haldá de la sierra*, según el texto de Bernaldez.

cho, que daba á la sierra, y por cuyo descenso podrían temer alguna emboscada ó rápida acometida. La Reina, por consiguiente, no corrió el menor riesgo: así lo dicen los contemporáneos; así lo dice el buen sentido; así lo declaran testimonios fidedignos: por consiguiente, nos hallamos en el caso de declarar falsa la tradición del laurel, del escondite y de la yegua, cuya prudentísima discreción en guardar silencio tanto encarecen los inventores de la fábula.

Pero todavía nos queda el más auténtico testimonio. Bernáldez, Pulga, Mondéjar, Ardila, y el mismo Zurita, ó fueron escritores contemporáneos, ó muy próximos á los tiempos de la conquista; pero hablaron de oídas, y no como testigos presenciales: ahora sacamos á la palestra á Pedro Mártir, que desde las partes de Italia había venido á Granada á conocer á la Reina, á servirla y admirarla, por ser tal princesa el encanto y admiración de todos los reinos de Europa. Pedro Mártir asistió á la batalla de la Zubia: veamos lo que dice: «Cerca ya del 1.º de Julio quiso la Reina ver de cerca y por la parte de afuera la ciudad de Granada, ya que dentro no le era dable verla todavía. Apercíbense las batallas, y acompaña á su Alteza el Embajador francés, que en los Reales se hallaba. *Instruuntur igitur acies. Karoli francorum Regis nunciium, qui in castris erat, secum ducit.* Los capitanes conducen sus huestes, el Rey da las órdenes, y desde los Reales marchamos á tomar posición en las cuestas que se encuentra al pie de la Sierra Nevada: *ad clivos qui in radicibus jacent montium, re et nomine nivalium, gradimur.* Los capitanes que tan lucida cabalgata conducían, eran los siguientes: El Duque de Cádiz, el Marqués de Villena, el Conde de Tendilla, el Conde de Cabra, el Conde de Ureña y D. Alonso de Aguilar (*sapientissimo optimatum*), Luis Portocarrero, Señor de Palma; á cada uno se le señaló lugar, estando ya el enemigo al frente: *In fronte, ad hostes jam apparentes asignantur loca.* Mandan los Reyes que se abstengan de toda pelea en aquel día, que el objeto era sólo ver la ciudad y enseñarla al Embajador francés: á los moros había que rendirlos por hambre, y no por fuerza. Así lo hicieron por largo rato; pero fueron tales las amenazas y los insultos, el sol tanto les incomodaba, y también la sed, que no pudieron evitar el

choque; y éste fué por el lado que mandaba el Comendador Rivera, marido de D.^a María Medina, la Camarera más querida de la Reina. Los enemigos en fuga, libres los collados cercanos á la ciudad, que nunca pensaron perder los moros, por ellos subimos: *Libere jam colles urbi propinquos, quos nunquam se amissuros hostes crediderant, ascendimus*. Y los leñadores con sus herramientas cortan las vides y los olivos que hay en aquellos collados, para que podamos ver la ciudad.» Aquí termina lo importante de su narración Pedro Mártir, para contar la desgracia que acaeció á los nuestros aquella noche, que en parte neutralizó la buena dicha matutina; desgracia de que hacen mérito muy pocos historiadores, y que no referimos por no ser de nuestro propósito.

No debemos añadir una sola palabra más para demostrar lo que lo está suficientemente; y ahora digamos lo que queda de la tradición, siguiendo fielmente la historia. Quiso la Reina ver de cerca la ciudad de Granada, quizás por solemnizar la llegada á los Reales del Embajador francés; acompañábanla el Rey y la familia Real. Guardan la ilustre comitiva los más valerosos y entendidos capitanes de España; manda la Reina que aquel día no haya escaramuza; á pesar de las órdenes, se enciende la lucha, y los moros llevan la peor parte; la regia comitiva presencia la batalla, distante de la ciudad cosa de una legua. Satisface la Reina su curiosidad, y á la tarde vuelven los Reyes á sus Reales con el Embajador francés. Y doña Isabel, por voto que hiciera durante la batalla, ó por acción de gracias después de ganada, manda erigir en el mismo lugar un convento de Franciscos, con la advocación de San Luis. Esta es la historia; pero, como para los autores del cuento era preciso que vinieran todas las cosas á pedir de boca, se vieron en la triste necesidad de alterar las fechas, suponiendo que la batalla se dió el 25 de Agosto, día de San Luis, y de esto la erección del convento. Nada hay más falso. Bernáldez y Pulgar dicen que fué á 18 de Junio. No dista mucho de esta opinión Pedro Mártir, que dice *Circiter kalendas julii*: de manera que en la segunda quincena de Junio se dió la batalla, según el parecer de los tres autores contemporáneos que dejamos citados. Y bien fuese porque la Reina tenía particular devoción á San Luis, ó

porque el Embajador francés se hallaba presente, y creyó que pudiera ser agradable nueva para el Rey de la nación vecina la de la batalla y dedicatoria á un Santo francés, lo cierto es que aquella advocación subsistió hasta la extinción del convento. De la batalla queda todavía un recuerdo en el mismo sitio donde se dió; y es un cortijo, situado á media legua de la Zubia, partiendo camino con Huetor Tajar á otra media legua de Granada, y este cortijo se llama el de *La Matanza*, por la que se verificó sin duda en el mismo sitio, y es de la que nos hemos ocupado.

La iglesia y el convento de San Francisco el Real de la Zubia eran de patronato Real, como lo atestiguan numerosas escrituras y los signos visibles que en tales casos son de rigor, como la colocación de las armas Reales en los lugares más señalados de su iglesia y convento, y la autoridad que el Presidente de la Chancillería ejercía en ocasiones solemnes, y recibimiento que se le hacía, como se le hace al patrono por costumbre y por ley. El convento, la huerta y primoroso pabellón que tenía para su habitación y recreo el Presidente de la Chancillería de Granada, debieron en lo antiguo pertenecer al Patrimonio Real: por muchos años y en varias ocasiones defendieron este derecho en contra de los frailes los mismos Reyes, y recuerdo ahora haber visto en la Chancillería de Granada una ejecutoria ganada por el Rey contra el convento, y por la cual se manda desenterrar á los herederos de don Rodrigo Ponce de Ocampo, caballero del Orden de Santiago, que un Guardián había mandado enterrar, y fueron sacados sus cuerpos, por no ser aquel lugar propio de los religiosos, sino del Rey.

La Academia se habrá convencido del poco fundamento que tiene la tradición del laurel y de la yegua, y del susto, sorpresa y riesgo de la Reina Católica; y de que, si la Reina, Nuestra Señora, no ha adquirido, como se pensó en un principio, un lugar digno de ser venerado por haber protegido á la Reina Católica de un inminente riesgo, todavía las ruinas del convento de Zubia deben mirarse con admiración y respeto, porque desde aquel sitio presenció impávida la primera Isabel uno de sus más gloriosos triunfos.

ANTONIO BENAVIDES.
